ABC

15 enero 1959

(51)

95

ANA MARY Y EL DOCTOR JIVAGO

CUANDO vi a la bellísima Ana Mary, con un libro en la mano, tuve la sensación de que algo pasaba, excepcional y sorprendente, bajo la capa del cielo. Hace ya muchos años que conozco a Ana Mary y juro, por lo más sagrado, que nunca la he visto así. En realidad, las cosas como son, la he visto siempre con las manos vacías o llevando tan sólo un bolso y como máximo un minúsculo paquetito. Por eso en un primer momento, no di apenas crédito a mis ojos. Tuve necesidad de acercarme a ella para cerciorarme y, entonces, sí, vi, en efecto, que era un libro lo que Ana Mary llevaba consigo cierta bonita mañana de enero, soleada y fría, caminante sin prisas por la Castellana hacia Colón. Claro está que una vez hecho el descubrimiento "in genere" adivinar la especie era muy sencillo. Se trataba—pleonasmo es la figura—de "El doctor Jivago". Ana María, pues, se había decidido a leer a Pasternak.

Es indispensable decir que Ana Mary no ha leído a casi nadie, situación ésta en la que le igualan un gran número de señoritas tan bellas y distinguidas como ella, aunque con nombres distintos, y otros numerosos caballeros, que tampoco se llaman Ana Mary, lo cual es comprensible, pero que, en lo que a lecturas se refiere, proceden como si se llamasen así.

Porque es lo curioso que, a la hora jeremíaca de lamentar la exigüidad de las tiradas editoriales, recurrimos casi siempre al tópico del analfabetismo que, "stricto sensu", no es demasiado grande y algunas estadísticas, quizá con optimismo, pero sin errores excesivos, fijan alrededor del diez por ciento, cuando la realidad es que la razón esencial de que los libros se vendan poco en España reside en el nulo o casi nulo interés que, por las cosas del espíritu, sienten los que saben leer y escribir.

Llevo hecha la melancólica comprobación del gran número de gentes acomodadas para las cuales el costo de los libros, aun siendo elevado, como es, no supone ningún obstáculo infranqueable, en cuyas casas, o bien no existen bibliotecas o bien están pobladas, con mayor o menor densidad, de los libros estrictamente exigidos por su especialización profesional, sin más que algunas raras concesiones, ya de orden decorativo a las obras completas por el aquel de su encuadernación lujosa, ya de orden social al título escandaloso y resonante.

A "El doctor Jivago" le corresponde, entre estos últimos, una primacía indisputable. No sé con qué otro encontrarle equivalencia. Aun los nacionales que puedan parangonársele o superarlo en números absolutos quedan por bajo en su fulgor inicial. "Sprint" como el de "El doctor Jivago" no lo recuerdan ni los más viejos de la localidad.

A fin de conocer las razones que motivan ese éxito fuera de serie, me he atrevido a preguntar a Ana Mary las que a ella, en particular, le han inducido a adquirir el tal libro.

Sonriendo deliciosamente, con los ojos, con los labios, con el brillante pelo, hasta con las rosadas uñitas, porque toda Ana Mary es una pura sonrisa y nadie sabe igualarla en el secreto don de engalanar una calle entera, arriba y abajo, con su sola presencia, Ana Mary me ha dado a entender que el motivo de haber comprado "El doctor Jivago" es que se habla de él en sociedad. A Ana Mary no le gusta sentirse ajena a los temas de conversación que saltan de extremo a extremo de la mesa a la hora del té o a la de las comidas y, para no caer en falta, ha entrado en una librería y listos.

Entonces yo me he puesto a pensar que si se hablase mucho en sociedad de libros se venderían muchísimos y simultáneamente que, acaso si se vendiesen muchos libros, se hablaría de ellos en sociedad. Esto es, salta a la vista, un círculo vicioso, un laberinto, pero que hubiera podido plantearse igual antes de la publicación de "El doctor Jivago", si bien en estos momentos se halle en vías de desenredarse y satisfactoriamente. Parece, sí, en buena hora se diga, que, por lo menos las florecitas de salón al tenor de Ana Mary, han comenzado a sentir la necesidad de aprovisionarse con municiones distintas de las usadas hasta hoy—perfumes, modas, perifollos—para seducir a sus galanes, y que temerosas de ser examinadas, si no de historia literaria, sí, al menos, de un libro preciso, se disponen a estudiárselo.

Amigos: hágase el milagro y hágalo el diablo. Y no es que Pasternak lo sea, no, en modo alguno, aunque habite tierra en la que Luzbel mismo tendría mucho que aprender, sino porque, mírese si es curioso, el incentivo, el excitante para el lanzamiento de la nueva moda de leer, nos llegue de tan remotas latitudes.

¿Vamos, pues, a leer un poquito, querida Ana Mary? Una vez que concluyas "El doctor Jivago", conocido ya el camino, ¿te animarás a comprar nuevos libros, a hacerles un sitio en tu alcoba y a suscitar los comentarios del que retenga tras éste tu atención, en tus tertulias habituales?

Sería, reconozcámoslo, encantador. Lo único que temo es que "El doctor Jivago" deje a Ana Mary una amarga experiencia; que le cueste acabarlo, si lo acaba, que le hastíe un poco y llegue a su final, como al de una calle empinada, sin respiración. Me atrevería, anticipándome a sus posibles decepciones, a pedirla que no se desanimase por esa causa. La lectura del primer libro puede aburrir. Tampoco gusta la primera cerveza, el primer cigarrillo. En ocasiones, el primer beso...

—Divina Ana Mary—le diría, le digo ya, a través de estas líneas—, tu virginal candidez de lectora ha afrontado una prueba grave. "El doctor Jivago" es un libro importante, pero en el que todo te resultará difícil: el tema, los personajes, la atmósfera... ¿Sabes—o de eso no se habla por ahí—que existen novelistas españoles—de ayer y de hoy—extraordinarios? ¿Sabes que merecen el que se les lea, el que se les discuta, el que se les cite; en suma, el que se les compre?... Vamos, Ana Mary: para llegar hasta "El doctor Jivago" no te ha sido preciso buscar mucho en los anaqueles. Pero en sus cercanías hay otros volúmenes más hechos para ti que ése. Una vez dados los primeros pasos, una vez que has tomado un libro entre tus manos y las has tenido decoradas y ennoblecidas por su leve peso, apenas si ha de costarte perserverar en la senda emprendida. De hoy en adelante, las mañanas friolentas, las que pronto vendrán de primavera, me gustaría encontrarte, hacia Colón, de vuelta de Colón, con un libro, siempre ya con un libro, pero español, a ser posible, y si no te sirve de molestia.

Joaquín CALVO-SOTELO
de la Real Academia Española